

buido á su propagacion. El estado general de la sociedad en la época de la decadencia del Imperio impulsaba en cierto modo fuera del mundo á las almas bien templadas y creyentes. Esta sed de soledad se encuentra ya en los filósofos del paganismo: «Me voy haciendo más avaro, dice Séneca, más ambicioso, más lujurioso y aún más cruel que lo era ántes, por haber vivido entre los hombres» (1). Sin dejar de conocer que debían permanecer en medio de sus semejantes para servirlos, los filósofos evitaban su trato para no llegar á aborrecerlos. La corrupcion, la ociosidad, las desgracias de aquellos tristes tiempos inspiraban el disgusto de la vida real y la necesidad de una existencia más conforme con las tendencias espirituales del hombre. En una sociedad regular en que hubieran podido los hombres entregarse al desarrollo de su actividad intelectual, moral y física, las doctrinas de aquel espiritualismo exagerado no hubieran tenido acogida; por mejor decir, no hubieran nacido. Pero el estado social del Imperio no hizo más que favorecer la propagacion de la vida monástica; el cristianismo la produjo. Las ideas gobiernan el mundo. Imagínese la sociedad más miserable: si no hay doctrina que la agite se dejará morir, no pensará en renovarse en la soledad.

Nunca se ha manifestado con más fuerza y tiranía el imperio de las ideas que en el desarrollo del monacato. Hay una antigua creencia que considera como resultado de una caída el estado actual del hombre. Se creía que el hombre, en el momento de su creacion, habia participado de la naturaleza angélica y que, degradado por el pecado, habia sido desterrado á esta tierra, en la cual expiaba su falta. Segun esta doctrina, la vida es una expiacion, la tierra una prision (2). ¿Cuál debe ser, pues, el fin de nuestros esfuerzos en este mundo? Desprendernos de las ligaduras de nuestro cuerpo para volver á la naturaleza celeste. Siendo nues-

(1) SENEC., *epist.* VII.

(2) EPHRAEM, *Sermo de Resurr.* (t. III, p. 553): «*Omni carcere tristiore comorcionem corporis arbitantes.*»—El cargarse de cadenas era una práctica habitual entre los solitarios. Había algunos que andaban como los animales, pues los hierros les impedían el sostenerse en pié (THEODORET., *Hist. Reliq.* c. XV, t. III, p. 844). Estos hierros, estas cadenas, son un símbolo característico del concepto que los solitarios tenían de la vida.

tra vida, con todas sus condiciones, una consecuencia de nuestra caída, debemos en cierto modo desterrarnos de la vida, destruirla en cuanto depende de nosotros (1). Tales fueron los sentimientos que inspiraron á los anacoretas. Las mismas creencias habian inducido desde la más remota antigüedad á los solitarios de la India á practicar penitencias fabulosas. Propagáronse con diversas modificaciones por el mundo cristiano, gracias á la fusion de los sistemas filosóficos y religiosos que entónces tenía lugar entre el Oriente y el Occidente. Uno de los grandes pensadores del cristianismo fundó en ella su filosofía. La doctrina de Orígenes llegó á ser popular en Oriente; está íntimamente relacionada con las aberraciones de los antiguos anacoretas de Egipto. Verdad es que la Iglesia condenó la teología de Orígenes, pero conservó el dogma de la caída; ésta es una justificación suficiente de los excesos á que conduce la vida solitaria.

## § II.—La vida monástica.

El camino que sigue el cristianismo para llegar á la perfeccion difiere por completo de las ideas filosóficas modernas. Convencidos de que los hombres son solidarios, no comprendemos que busquen su salvacion en la soledad. La salvacion á nuestros ojos es el perfeccionamiento de nuestras facultades intelectuales, morales y físicas; este desarrollo implica el estado de sociedad; es imposible fuera del mundo. Ligado indisolublemente á la humanidad, el hombre no puede separar su salvacion de la del cuerpo de que es miembro. Para que su inteligencia se desarrolle, para que sus sentimientos sean elevados, es menester que el medio en que vive esté organizado de manera que favorezca sus progresos. Perfeccionar la sociedad es, pues, una condicion del perfeccionamiento individual. En este orden de ideas el hombre no puede concentrarse en sí mismo, entregarse á una conversacion solitaria con Dios;

(1) Los solitarios, dice EVAGRO (*Hist. Eccl.*, I, 21), son sobre la tierra como muertos que no tienen todavía tumba.

debe entrar en relacion con sus semejantes, debe explotar la tierra que le ha sido dada por morada. Vivir en el mundo, en la sociedad, es, pues, el primer elemento de felicidad, de salvacion individual.

No es este el modo de ver del cristianismo. La renuncia del mundo es la condicion esencial de una vida cristiana: «Mientras conservemos un lazo con el mundo, dice San Basilio, nos es imposible llegar á la contemplacion de la Divinidad. La renuncia consiste en la disolucion de los lazos de esta vida terrestre y temporal; solamente cuando el hombre haya prescindido de todo cuidado humano podrá volver su alma hácia las cosas celestes» (1). Nos cuesta trabajo hoy el comprender cómo puede el hombre encontrar su salvacion fuera de las leyes de su naturaleza. Dios le impulsa invenciblemente á la asociacion y una religion poderosa le impone el deber de alejarse de la sociedad. Evidentemente esta anomalía debia ser resultado de circunstancias excepcionales. Al predicar la renuncia al mundo, Jesucristo y sus apóstoles tenían presente el mundo tal como lo habia hecho el paganismo. Habia completa oposicion entre el espiritualismo cristiano y el materialismo antiguo. Tal es el sentido profundo de estas palabras del Evangelio: «Nadie puede servir á dos amos, porque amará á uno y aborrecerá al otro, ó será dócil á uno y despreciará al otro. No podéis servir á Dios y á Mammon....» (2). El mundo en tiempo de Jesus era el culto de la materia; para hacerse cristiano era menester expiar los extravíos de los sentidos ó evitarlos; ninguna de estas cosas era posible más que huyendo de las seducciones de una sociedad entregada por completo al placer. Escuchemos el testimonio de Gregorio Nacianceno: «Algunos, para reparar las faltas que han cometido entregándose al placer, se condenan á prision estrecha é impenetrable á los rayos del sol ó se sepultan en cavernas. Otros, para evitar las ocasiones de un placer brutal, se

(1) BASIL., *Regul. fusius tractat.*, VIII, 3.—El abate ARSENIO pedia á Dios que le mostrase el camino de salvacion. Una voz le dijo: «Huye de los hombres y tú te salvarás.» Repitió su súplica en el desierto, y oyó de nuevo una voz que decía: «Arsenio, huye, permanece en el silencio y en el reposo» (*Apophteg. Patr. ap. COTELER, Monum. Eccl. graec.*, t. I, p. 353).

(2) MATEO, VI, 24, 21.

van con las fieras á los bosques y desiertos, donde forman como una especie particular de hombres, que no conocen de este mundo más que lo que ven á su alrededor. Otros, para alcanzar la misericordia de Dios, se cubren con sacos y ceniza, se deshacen en llanto y se acuestan sobre la dura tierra. ¿Qué digo? Hay algunos á quienes su celo impulsa á una vida tan extraordinaria que comen cenizas amasadas con sus lágrimas. Algunos, para librarse de los peligros de esta vida, ponen fin á ella con una muerte voluntaria. ¡Dios, añade San Gregorio, perdone su ignorancia!» (1)

El primer organizador de la vida monástica, Basilio, estaba profundamente penetrado de la incompatibilidad absoluta que existia entre el mundo impregnado de paganismo y la vida cristiana. No veía más que un medio de librarse de las seducciones de la materia, y era huir á un desierto: «Las tentaciones seducen á los hombres por medio de todos los sentidos; es preciso que nuestros ojos no vuelvan á ver ni nuestros oídos á oír el espectáculo de las cosas humanas. En vano trataréis de conservar vuestra pureza; el recuerdo de lo que habeis visto y oído os perseguirá y turbará vuestras almas. Si quereis que vuestras oraciones sean eficaces, alejaos de la sociedad de los hombres del mundo» (2). Basilio no ve peligro mayor para sus monjes que el contacto con el mundo. Esto consistia en que el mundo estaba aún entregado al culto de la materia, y los monjes apenas habian abandonado el paganismo. Cuesta trabajo á Basilio el permitirles los viajes, y les recomienda una prudencia, una circunspeccion de todos los momentos: «Que no salgan de sus celdas si quieren librarse de las asechanzas de la carne. El jóven solitario debe evitar el contacto de los jóvenes, como se evita el aproximarse á una llama» (3).

La renuncia al mundo no consistia únicamente en huir de la sociedad. ¿De qué hubiera servido aquel alejamiento si los cristianos hubieran reproducido en su retiro los vicios de la sociedad que abandonaban? El mundo antiguo se fundaba en la familia, en la propiedad y en la accion libre del individuo. Confundiendo la

(1) GREGOR. NAZ., *Carm.* 47 (t. II, p. 106 y sig.).

(2) BASIL., *Regul. fusius tract.*, VI, 1.

(3) IBID., *De renuntiat. sæculi* (t. II, p. 206, D.; p. 207, A.).

corrupcion y la decadencia de la antigüedad con los principios de todo estado social, los cristianos rechazaron la familia, la propiedad, la dignidad y la libertad individuales: «El soldado de Cristo, dice San Basilio, no debe estar sujeto por ninguna preocupacion terrestre; no debe tener familia, ni bienes, ni ciudad.» ¿Cuál será la ocupacion del hombre, separado de esta manera de todo lo que constituye su existencia regular habitual? «Los monjes vivirán una vida espiritual como los ángeles. Toda su vida será una pura oracion» (1).

Creeríase que el hombre, llegado á este punto, habia llegado ya á los últimos límites del espiritualismo. Sin embargo, en este camino de renovación hay tambien grados. El *monje* no realiza el ideal de la vida cristiana. Está separado del mundo, no tiene ya parientes, ni hacienda; ha abdicado hasta su personalidad. Pero vive todavía con sus semejantes, sigue unido á la vida por la tierra que cultiva, por su cuerpo á quien alimenta. Para convertirse en ángel, necesita romper estos últimos lazos: el *anacoreta* vive solo en un sepulcro ó en un desierto: su ocupacion constante es matar el cuerpo para emancipar el alma.

#### N.º 1. — *Los cenobitas.*

«Los cenobitas, dice Crisóstomo, practican la igualdad, tal como se la puede concebir entre los ángeles; no se ve á unos en la desgracia y á otros en la prosperidad. Todos viven en la misma paz, la misma alegría, la misma gloria. No hay entre ellos ni ricos ni pobres; lo mio y lo tuyo, esa causa de trastornos y disensiones, no son conocidos; todo es comun, la mesa, la habitacion, el vestido. ¿Qué tiene esto de extraño, estando todos animados por la misma alma? Todos son nobles con la misma nobleza, libres con la misma libertad, esclavos de la misma servidumbre. Sus alegrías son comunes lo mismo que sus tristezas» (2). El monacato

(1) BASIL., *Praevia ascetica institut.*, c. 2 (t. II, p. 200, A.);—*Id.*, *Serm. Renuntiati.*, c. 2 (t. II, p. 204, B.);—*Id.*, *Serm. Ascet.* (t. II, p. 320, A. D.).

(2) CHEYSOST., *adv. oppugnator. vita monastic.*, III, 11 (t. I, p. 84, A. B.).

practica la igualdad contenida en germen en la fraternidad cristiana. En el mundo abandonado al César hay todavía esclavos; en los monasterios desaparece toda distincion de rango y de nacimiento. «A los esclavos se les niega el ingreso en las legiones; los soldados de Cristo los reciben con alegría» (1). Pero ¿á qué precio realiza el monacato la igualdad?

Platon, en sus aspiraciones hácia la unidad, imagina una república, en la cual todos los ciudadanos sean hermanos. Pero no teniendo idea alguna de la verdadera igualdad, inseparable de la libertad, no encuentra más medio para organizar su ciudad que absorber el individuo en el Estado. No hay familia, ni propiedad, ni aun sentimiento individual. Los monasterios realizan la República de Platon. Lo que domina en el monacato es el sacrificio del individuo á la comunidad. La propiedad está proscrita: «El cenobita no debe tener nada suyo, ni aun el hábito que le cubre» (2): al superior corresponde distribuir todas las cosas segun las necesidades de cada cual» (3). San Benito insiste mucho, para que el *vicio de la propiedad* no llegue á manchar el interior de los conventos: «Uno de los principales desórdenes, dice, que es preciso extirpar del monasterio hasta en su más pequeña raíz, es el que ningun religioso tenga nada suyo, ni libro, ni tablilla, ni estilete, en una palabra, nada absolutamente. Que todas las cosas sean comunes á todos, á fin de que, conforme al testimonio del Espíritu Santo en los Hechos, *nadie se atribuya nada como suyo propio*. Y si se observa que algun religioso tiene inclinacion á este *detestable vicio*, repréndasele una ó dos veces, y castíguesele si no se corrige.» Si un monje se descuidaba en decir *mi libro, mis tablas*, era castigado severamente (4). Algunos rasgos de la vida de los santos nos darán una idea del horror que sentian hácia la propiedad privada. Un monje que no poseia más que el libro de los Evangelios, lo vendió y repartió su valor entre los pobres: «He

(1) NILI, *epist.* IV, 4.

(2) Para demostrar que no poseian ni aun el hábito que vestian, se servian los monjes alternativamente de la misma túnica y del mismo manto. La túnica, el manto, eran de todos, ó más bien no eran de nadie (EVAG., *Hist. Eccl.*, I, 21).

(3) BASIL., *Serm. Ascet.*, c. 5 (t. II, p. 322, C.; p. 324, B.).

(4) *Regla de San Benito*, c. 33.—CASSIAN., *Institut.* IV, 13.

vendido, dijo, el libro en que está escrito: *Vended lo que tenéis y dadlo á los pobres*» (1). El abad Serapion vió algunos libros en la ventana de un solitario; rogándole el solitario que le dijera algo para instrucción suya, le respondió: «¿Qué te he de decir á tí que has tomado la hacienda de las viudas y de los huérfanos y las has colocado en tu ventana?» (2).

¿Cómo habian de tener algo propio los cenobitas, cuando no les era permitido ejercer dominio «sobre su cuerpo ni sobre su voluntad?» (3). La personalidad humana queda sacrificada, anulada. Créase imitar con esto al Salvador, el cual, estando en la forma de Dios, se aniquiló, como dice el Apóstol, hasta la forma de esclavo. La obediencia absoluta «es de la esencia de la vida cenobítica.» El asceta no puede tener nunca un instante de espontaneidad. Usar de su propia voluntad, obrar según su libre arbitrio, es una cosa contraria á la sana razón (4). A juzgar por algunos rasgos de la vida de los solitarios, los santos no conservaban ni un rastro de dignidad. Casiano fué un día á visitar un monasterio de Egipto en compañía de un gran número de extranjeros. El Superior, que estaba dando de comer á sus huéspedes, quiso darles al mismo tiempo una enseñanza. Se vuelve hácia uno de los cenobitas, y, con un ligero pretexto, le da tan tremendo bofetón, que el ruido, dice el narrador, se oyó hasta en las mesas más distantes. No solamente no dejó descubrir el monje en su semblante indicio alguno de insubordinación ó de disgusto, sino que ni siquiera manifestó confusión por una corrección tan imprevista y tan injuriosa en presencia de un gran número de desconocidos (5). ¡Esto se llama humildad!

Platon quiere que sus ciudadanos se amen como hermanos, á fin de que toda la ciudad no sea más que una armonía. Los Padres de la Iglesia se sublevaron contra el medio que imaginó el gran filósofo para fundar la fraternidad. No reflexionan que el monacato tiende al mismo resultado, y que lo procura por medio de

(1) SOCRAT., *Hist. Eccl.*, IV, 23.

(2) *Apophtegm. Patrum, ap.—COTELER., Monum. Eccl. graec.*, t. I, p. 687.

(3) *Regla de San Benito*, c. 33.

(4) BASIL., *Constit. Monast.*, c. 19, 27.—BASIL., *Regul. brev.*, 123.

(5) CASSIAN., *Collat.* XIX, 1.

una abdicación de los sentimientos humanos, tan censurable como la comunidad de mujeres. Se proscriben toda relación de familia. Los monjes tienen por padres sus padres espirituales en Jesucristo; por hermanos, los que han recibido el mismo Espíritu (1). En cuanto al parentesco según la carne, deben rechazarlo, á ejemplo del Salvador: San Basilio casi se avergüenza de estos vínculos carnales (2). Los monjes desplegaban una irritante rigidez en la observancia de estos preceptos. Un tribuno militar, que servía en Egipto, abandonó á su mujer y un hijo de corta edad, para retirarse al desierto. Después de haber pasado allí cuatro años entre ayunos y maceraciones, tuvo remordimientos; pensó en su mujer y en su hijo: ¿no haría cosa más agradable á Dios trabajando por la salvación de toda una familia, que no permaneciendo solo en el desierto, ocupado exclusivamente de sí mismo? Quiso, pues, volver á su familia. Los monjes consideraron aquel deseo tan natural, tan legítimo, como una inspiración de Satanás. Exorcizaron al desgraciado padre de familia y le obligaron á volver á su celda (3).

Los monjes eran consecuentes; su dureza estaba inspirada en la caridad cristiana: «Pensar en sus padres, acordarse de sus antiguas afecciones, es hacerse indigno del reino de los cielos» (4). Sostener correspondencia con su familia era un crimen: «¿De qué os sirve, dice San Nilo á un monje, haber llevado una vida tan penosa en la soledad y en las mayores austeridades, si apenas dejáis pasar un día sin distraeros con cartas de vuestros parientes, alejándoos del camino de la perfección por el amor demasiado ardiente que les profesáis?» En otra ocasión escribe á un solitario: «¿No sabéis que el amor de los parientes es un lazo de Satanás? Si necesitan de vuestro apoyo, como decís, hacédles bien como á los demás pobres que no son vuestros parientes» (5).

(1) BASIL., *Regul. fusius tractat.*, VIII, 1.

(2) IBID., *Regul. brev.* 190: συγκένειν τὴν κατὰ σάρκα ἐπισχύνεται.

(3) SULPIC. SEVER., *Dialog.* I, 15.

(4) CASSIAN., *Instit.* IV, 36: «Cave ne parentum, ne affectionis pristinae recorderis et regno caelorum aptus esse non possis.»

(5) NILI, *epist.* II, 66; III, 290.

Los más santos llegaban hasta negarse á ver á su madre moribunda (1).

No pára en esto el sacrificio de los afectos en el seno del monacato. El hombre siente una necesidad irresistible de amar y de ser amado. Separado de su familia, y no pudiendo crearse otra, el monje se siente atraído hácia aquellos de sus hermanos que simpatizan con él. Estas relaciones se proscriben severamente. Hay algo que subleva en esta regla; sin embargo, procede de un hombre de corazón, de San Basilio. Por un exceso de caridad prohibió la amistad á sus monjes: « La ley de caridad no permite, dice, que haya afecciones particulares entre los religiosos: turbarían la armonía general. Debemos sentir hácia nuestros semejantes el amor que siente el hombre hácia todas las partes de su cuerpo; no hace distincion entre sus miembros, porque la salud de cada uno es necesaria para la salud de todos; pues así tambien debemos profesar el mismo afecto á todos nuestros hermanos. Manifestar preferencia por uno es injuriar á los demas, puesto que es hacer ver que no se los ama como es debido. De aquí las envidias, los odios y las disensiones. » Basilio quiere, pues, que todos los cenobitas se amen igualmente. Si un monje manifiesta más amistad, ya respecto de un hermano, ya respecto de un pariente, debe ser castigado, por haber ofendido á la comunidad (2).

Así, pues, abdicacion de todo vínculo de familia y de amistad, nada de propiedad, ni aún la dignidad de la persona, ni aún el amor; tales son las condiciones de la perfeccion cristiana. ¿A qué se reduce en este aislamiento la caridad, esa ley fundamental del Evangelio? Reconocemos que la caridad animaba á los Basilio y Crisóstomos, esos ardientes propagadores del monacato. La vida del mundo era un origen de disensiones, en medio de las cuales era imposible el amor; las almas tiernas se sentían atraídas hácia la soledad, en la que nada venía á turbar sus aspiraciones hácia un Dios de amor (3). Como cuestion de caridad ordena Ba-

(1) Véase más atras, pág. 152.

(2) BASIL., *Serm. Ascet.* v (t. II, p. 322, C; p. 325, A, B).

(3) CHRYSOST., *Homil. 78 in Johann.*, § 4 (t. VII, p. 464, B, C): ἐπειδὴ γὰρ ἡ τῶν πραγμάτων φιλονεικία πολλάς ποιεῖ τὰς εἰρήνας· διὰ τοῦτο ἐκ μέσου γενόμενοι, τὴν ἀγάπην γεωργοῦσι περ' ἀκριβείας πολλῆς.

silio á los cenobitas el trabajo: « No se debe trabajar para sí mismo, para aumentar sus comodidades y sus placeres; este egoismo está condenado por Jesuista; pero se debe trabajar para socorrer á los indigentes » (1).

Admitamos que las órdenes monásticas se hayan conservado fieles á este espíritu de beneficencia; siempre tendremos que la caridad verdadera, ese amor ardiente que se preocupa de la salvacion de los hombres, no podia casi tener lugar en unas sociedades cuya tendencia era el aislamiento físico y moral, la conversacion solitaria del alma con Dios. El espíritu antisocial del monacato se revela en los anacoretas. Preferían la vida contemplativa al ejercicio de las virtudes cristianas. Confesaban que el que practica la caridad, la hospitalidad, es un hombre de bien; pero sigue ocupándose de cosas terrestres. Es más grande el que, abandonando el mundo, no vive más que en Dios (2). Para tener una idea de los excesos á que conduce la concepcion cristiana de la vida, es menester seguir á los anacoretas en sus desiertos.

#### N.º 2. — *Los anacoretas.*

« La devocion de los monjes de Egipto, dice Fleury, era como sus pirámides » (3). Hay, en efecto, grandeza, heroismo en la vida de los solitarios de Egipto; comprendemos que haya inspirado entusiastas elogios: « Bajo San Pablo, Antonio y Pacomio, aparecieron aquellos santos de la Tebaida, que llenaron el Carmelo y el Líbano con las obras maestras de la penitencia. Una voz de gloria y de maravilla se levanta del fondo de las más espantosas soledades. Músicas divinas se mezclaban con el murmullo de las cascadas y de las fuentes; los serafines iban á visitar al anacoreta en su roca, ó arrebatában su alma resplandeciente sobre las nubes... Las ciudades vieron con envidia desaparecer su antigua reputacion; el desierto adquirió gran fama » (4). Examinemos de

(1) BASIL., *Regul. fusius tractat.*, 37, I, 42, 1.

(2) PALLAD., *Hist. Lausiaca.*, c. 46.

(3) FLEURY, *Discursos eclesiásticos*, VIII (t. I, p. 153).

(4) CHATEAUBRIAND, *Genio del cristianismo.*

cerca esos héroes de la penitencia: la realidad arrojará algunas sombras en el poético cuadro de Chateaubriand.

Hemos dicho que la existencia de los anacoretas está relacionada con el dogma oriental de la caída del hombre. No todos los solitarios de Egipto tenían conciencia de la filosofía de que procedían, pero demostraban todos con sus decantadas penitencias que consideraban al cuerpo como el origen del mal; trataban de romper en esta vida los lazos que unen el alma á la materia. Para conseguir este objeto imposible, hacían una guerra implacable al cuerpo; no se limitaban á dominarlo; su deseo hubiera sido aniquilarlo. Le negaban la satisfacción de las más legítimas necesidades, el alimento y el sueño. La reforma empezaba destruyendo el instinto del alimento. A fin de destruir la fuente de las pasiones, extenuaban el cuerpo por medio de la abstinencia. Se alimentaban únicamente con pan seco y agua. Muchos de ellos no comían más que una ó dos veces por semana; las condiciones del clima favorecían aquella abstinencia fabulosa. Un alimento que necesitaba preparación parecía todavía demasiado regalo. Había solitarios que permanecían en las montañas sin habitación ninguna; no comían pan, ni alimento ninguno preparado al fuego; cuando llegaba la hora de su comida echaban á andar por la montaña con una hoz en la mano, y comían, ó mejor dicho, pacían la yerba (1). ¡Singular contradicción del espíritu humano! ¡Los solitarios desdénaban el vivir como los hombres; querían acercarse ya en este mundo á la existencia angélica, y acababan por igualarse con los animales! Evagrio, gran admirador de la vida monástica, hace esta comparación sin advertir cuánto contrasta con su admiración. Añade que los monjes que se alimentaban de yerba tenían muchos caracteres exteriores de los animales; en cuanto veían un hombre, huían; si se los perseguía, se escapaban con increíble velocidad y se ocultaban en parajes inaccesibles (2).

La necesidad del sueño atormentaba más á los solitarios que la necesidad de comer. ¿Cómo evitar las seducciones de la naturale-

(1) SOZOMEN., *Hist. Eccl.*, VI, 33.—EPHRAËM, *Serm. in Patr. defunct.* (t. I, p. 176, A; 178, F).

(2) EVAGR., *Hist. Eccl.*, I, 21.

za animal, cuando el libre arbitrio se desvanece? Aquel era el momento de sus combates con los demonios. Al entregarse al descanso, los desgraciados creían abrir las puertas del alma á los enviados del infierno. El mundo con sus alegrías los perseguía en sus sueños. San Macario trató de vencer á la naturaleza; estuvo, según dicen, veinte días sin dormir; pero su cerebro ardía, anunciándole que se iba á volver loco, y tuvo que desistir. Era una práctica comun el no dormir más que de pié ó sentado, como por sorpresa y á su pesar. Había ancianos solitarios que desde su juventud no se habían tendido ni una sola vez en el suelo. Tal era San Doroteo. Un día que Paladio, movido á compasión, le invitaba á tenderse en tierra un momento, el anacoreta le respondió: «Si puedes persuadir á los ángeles á que duerman, lo persuadirás también á un hombre que busca la virtud» (1).

La hostilidad contra el cuerpo no era más que una consecuencia de la reprobación del mundo y de la vida. Los *cenobitas* se separaban de la sociedad, encerrándose en sus celdas solitarias. Esta separación no era suficiente para los *anacoretas*; huían hasta de las seducciones de la naturaleza inanimada; necesitaban una soledad espantosa, el desierto, la nada. Escuchemos á un habitante de aquellas tristes comarcas. Casiano, no pudiendo resistir aquella muerte anticipada, fué, deshaciéndose en lágrimas, á pedir á un anciano anacoreta fuerzas para no huir. «Sabemos, le dijo el anciano, que hay soledades en nuestro país, en las cuales la abundancia de frutos, los recursos de las huertas, la fecundidad de la tierra, nos permitirían vivir agradablemente; pero nos contiene el temor de que se nos pudiera aplicar la reprensión dirigida al rico en el Evangelio: *tú has recibido consuelo en tu vida*. Por esto, despreciando estas cosas, lo mismo que los demás placeres del mundo, y no deleitándonos más que en estos horrores, preferimos á todas las delicias la espantosa inmensidad de estos desiertos, y apreciamos en más la amargura de nuestras arenas que todas las riquezas de los campos; porque pensamos en los bienes eternos del espíritu y no en las ventajas pasajeras de nuestro cuerpo» (2).

(1) *Apophthegm. Patrum*, ap. COTELER, *Monument. Eccl. græc.*, t. I, p. 406.—SOZOMEN., *Hist. Eccl.*, VI, 29.

(2) CASSIAN., *Collat.*, XXIV, 2, 3.

Si se quiere formar idea de los errores en que hizo caer á la cristiandad la afición á la vida solitaria, es preciso leer el *Elogio del Desierto* por San Eukerio, obispo de Lyon en el siglo V (1). El autor trastorna, por decirlo así, el orden de la creación: «Dios se manifiesta ménos en la naturaleza viviente que en los desiertos. En los desiertos se ha aparecido á los profetas y ha conversado con ellos. El desierto es el verdadero templo de Dios. A él se ha retirado Jesucristo mismo para orar; allí ha vencido al demonio. Los hombres dicen que el desierto es estéril; allí es, por el contrario, donde se encuentra la verdadera fecundidad. ¿No es el apoyo de la fe, el arca de la virtud, el santuario de la caridad, el tesoro de la piedad, la mansión de la justicia?» Así, para realizar el ideal de la vida cristiana, no basta combatir y destruir la naturaleza humana; ¡hay que cambiar además la naturaleza exterior y sustituir la tierra risueña y fecunda por un desierto de arenas! ¡El desierto mismo conservaba todavía demasiadas seducciones! Los solitarios se echaban en cara como un crimen el placer que experimentaban en contemplar la belleza del cielo y de los astros. San Eusebio encontró el medio de impedir que sus ojos se extraviáran más allá del estrecho sendero que conducía á su oratorio. ¡Ciñó á su cintura un cinturón de hierro y un fuerte collar á su cuello, uniéndolos después por medio de una cadena; de esta manera se veía precisado á ir siempre mirando al suelo! (2).

La renuncia del mundo es el fundamento de la vida cenobítica. Las celdas separan al hombre del hombre y aislan á los habitantes de los monasterios. Desprecian todos los intereses, todas las ocupaciones, todas las afecciones de este mundo; la gloria, la ambición, el amor, quedan proscritos como crímenes. Este aislamiento moral no es bastante para el *anacoreta*; éste necesita la soledad absoluta. Evita hasta el trato de sus compañeros: «Los solitarios huyen de los hombres, dice el monje Teodoro, porque temen que el pretexto de la compasión y de la urbanidad les impida ser ver-

(1) *Bibliotheca Maxima Patrum*, t. VI.

(2) THEODORET., *Histor. reliq.*, c. 4 (t. IV, p. 797).

daderos monjes.» El que busca la compañía de los hombres, dice otro solitario, no es digno de recibir la visita de los ángeles (1). Según esto, el hombre viene á ser un lobo para el hombre: «Las fieras, dice San Nilo, son ménos perjudiciales para los santos que la sociedad de sus semejantes» (2).

¿Cuál es el fin, la ocupación de esta existencia solitaria? El alma y Dios (3). El ideal á que aspiran los más santos anacoretas es no tener más pensamiento que esta contemplación. «Una vez, dice San Macario, resolví sostener de tal modo mi espíritu durante cinco días, que nada pudiera separarlo de Dios y que no pensara absolutamente en ningún otro objeto; una vez decidido, cerré mi celda, á fin de no ser distraído por nadie. Entonces dí principio, dando órdenes á mi alma y diciéndole: «Vela ahora para no descender del cielo; te encuentras en él con los ángeles, los arcángeles, todas las potestades superiores, los querubines, los serafines, y con Dios, su creador común; sostente, pues; no desciendas y no caigas en ningún recuerdo de este mundo.» Pero, cuando hube perseverado en este estado dos días y dos noches, el demonio concibió tal irritación contra mí, que se convirtió en llama y puso fuego á todo lo que había en mi celda, hasta el punto de que ardía la ropa sobre que yo estaba, y á mí mismo parecía que me habían prendido fuego. En fin, vencido por el terror, renuncié á mi proyecto al tercer día, y, no pudiendo ya mantener mi espíritu sin distracción por más tiempo, volví á bajar á la contemplación de este mundo» (4).

Lo que los solitarios creían obra del demonio era el efecto inevitable de las leyes de nuestra naturaleza. La concentración del espíritu sobre sí mismo, la conversación con Dios, no puede ser la ocupación constante y exclusiva del hombre. Queriendo tras-

(1) *Apophthegm. Patrum.*, ap. COTELER., *Monum. Eccl. graec.*, t. I, p. 454 y sig.—SULPIC. SEVER., *Dialog.* I, 11.

(2) NILI, *De monast. exercit.*, c. 61.

(3) CASSIAN., *Collat.* X, 7: «*Hic finis totius perfectionis est, ut eo usque extenuata mens ab omni situ carnali ad spiritualia quotidie sublimetur, donec omnis ejus conversatio, omnis voluptatis cordis una et jugis efficiatur oratio.*» ID., IX, 2: «*Omnis monachi finis ad jugem atque indisruptam orationis perseverantiam tendit.*...»

(4) PALLAD., *Hist. Lausiac.*